

la disputa. En esta forma hizo el viaje de ida y vuelta en la expedición á Merseburg sin que nunca le venciesen; de modo que al llegar á Turingia la dama tenia en cada uno de los dedos un anillo, pagado por cada caballero de los vencidos. Estos diez anillos los regaló Gauthier á las damas y doncellas de Isabel, que muy contentas con tal obsequio, así como su señora, dieron muy cordiales gracias al gentil y cumplido paladin.

CAPÍTULO XV.

Que el buen duque Luis se cruzó; y del gran sentimiento con que se despidió de sus amigos, de su familia y de la amada santa Isabel ¹.

Osculantes se alterutrum, fleverunt pariter.

(I Reg. xx, 41).

Quo abiit dilectus tuus, ó pulcherrima mulierum? Quo declinavit dilectus?

(Cant. v, 17).

Aprende tú á dejar por amor de Dios algun pariente y entrañable amigo.

(Kempis, lib. II, c. 9).

Poco tiempo duró á la Turingia el gozo de disfrutar de la presencia de su amado Príncipe despues de su vuelta de Italia; é Isabel, que tan grande alegría tuvo al verle de nuevo en sus brazos, iba á ser pronto condenada á una nueva separacion, mucho mas larga y llena de inquietudes. En

¹ El Duque tenia entonces veinte y siete años, y santa Isabel diez y nueve.

efecto; todo en Alemania se disponia para una cruzada. El emperador Federico II, cediendo por fin á las reiteradas instancias de los pontífices Honorio III y Gregorio IX, habia invitado á la nobleza y fieles de la cristiandad á alistarse en las banderas de la Cruz, y seguirle á Tierra Santa para el otoño de 1227. La idea, y aun la sola palabra de cruzada hacia entonces palpar todos los corazones, y removia hasta los cimientos las naciones enteras. Estas grandes y santas expediciones atraian tan poderosamente las almas, que ningun valiente ni devoto podia sustraerse de su influjo. El recuerdo de las hazañas casi fabulosas de Ricardo Corazon de Leon cuarenta años antes, vivia fresco en la memoria de la caballería y del pueblo: la Europa estaba deslumbrada por el brillante é inesperado éxito de la cuarta cruzada. Habíase visto hundirse aquel carcomido imperio de Bizancio, siempre enemigo ó indiferente para con los cristianos que se batian por la fe, pero que sin embargo ocupaba todavía un lugar inmenso en la veneracion tradicional de los pueblos; alzárase en un dia sobre sus escombros un nuevo imperio fundado por unos pocos señores franceses y al-

gunos marinos de Venecia. No era menester tanto para poner en movimiento y sacar de quicio todas las imaginaciones, aun prescindiendo de las inspiraciones de la fe; pero éstas no habian perdido todavía nada de su fuerza y energía. El siglo XIII todo entero estuvo penetrado de un ardiente deseo de rescatar el sepulcro de Cristo, y hacer que el Oriente doblase la rodilla ante la Cruz; deseo que no murió sino con san Luis. La Alemania, que hasta entonces no siempre fue la primera en lanzarse á tan nobles peligros y aventuras, se sintió de súbito inflamada de un entusiasmo que se revela en los cantos de los numerosos poetas de la época. Walther von der Vogelweide, que es entre todos ellos el que mejor refleja en sus obras las costumbres y pasiones de aquella época, y que tambien se alistó en la cruzada, ha comprendido y expresado como ninguno aquel irresistible impulso que arrastraba á los Cristianos hacia la tierra regada con la sangre de Cristo. «Todos nosotros sabemos, exclama al partir para esta expedicion, cuán infeliz es aquella noble y santa tierra, y cuán abandonada y solitaria se encuentra! Llorera, Jerusalem, llora! ¡cuán olvidada te

«hallas! La vida vuela, y la muerte va á
«sorprendernos en nuestros pecados. En los
«peligros y trabajos es donde se gana la
«gracia: vamos á curar las llagas de Cris-
«to, vamos á romper las cadenas de su país!
«¡Oh Reina de todas las mujeres, presta-
«nos tu auxilio! allí es donde asesinaron á
«tu Hijo! allí es donde su pureza se dejó
«bautizar para purificarnos! allí es donde
«su riqueza se dejó vender por remediar
«nuestra pobreza! allí sufrió afrentosa y
«horrible muerte! Salve lanza, cruz, espi-
«nas, salve! ¡Ay de vosotros, paganos!
«Dios quiere vengar sus injurias por me-
«dio del brazo de sus valientes!»

Estas mismas emociones son las que por
aquel tiempo dictaron al régio vate de Na-
varra, Tibaldo de Champaña, algunos de
sus mas bellos versos, cuando volviéndose
á sus caballeros, dice: «Tenedlo entendi-
«do, señores; el que no parta para esa tier-
«ra donde Dios vivió y murió; el que no
«tome la cruz para el otro lado del mar,
«trabajo ha de tener para entrar en el pa-
«raíso. Todo el que conserve un resto de
«piedad y alguna memoria del Altísimo,
«debe tratar de vengarle y libertar su tier-
«ra y su patria. Allá irán, cierto estoy, to-

«dos los valientes donceles, todos los que
«aman á Dios y á su honra propia, todos
«los que desean alcanzar la gloria. Solo
«quedarán los poltrones y chicuelos. ¡Cuán
«ciegos son, y cuán olvidada tienen su
«honra los que en toda su vida no se acuer-
«dan de hacer algo por Dios! En el dia del
«juicio final Dios, que se dejó matar por to-
«dos, nos dirá: Vosotros los que conmigo
«llevásteis la cruz, iréis á dónde están los
«Ángeles, y allí me veréis á mí y á María
«mi Madre: mas vosotros los que por mí
«nunca hicisteis cosa alguna, id todos al
«profundo de los infiernos. Dulce Señora,
«Reina coronada, bienaventurada Virgen,
«rogad por nosotros para que nada pueda
«dañarnos!»

Sentimientos de esta clase, en ninguna

¹ Ki a en soi pitié et remembrance
Au haut Seignor, doit querre sa vengeance,
Et delivrer sa terre et son país...
Or s'en iront cil vaillant bachelier
Ki aiment Dieu et l'onour de cest mont
Ki sagement voelent à Dieu aler;
Et li morveus, li cendreus de mourront.
Avugle sunt, de ce ne dout je mie,
Ki un secours ne font Dieu en sa vie,
Et por si pot per la gloire del mont...
Diex se laissa por nos en crois pener,

parte podian hallar eco y acogida mejor que en el corazon del duque Luis de Turingia, de quien Walther habia sido vasallo, ni nadie podia hallarse mas dispuesto que él á seguir á su Emperador y á sus hermanos de armas en la expedicion á la Tierra Santa. Caballero de tan brillantes prendas, de fe y piedad tan ardientes, de alma tan generosa, entusiasta, desinteresada, y, en fin, tan cristiana, no podia menos de cruzarse, ó como entonces se decia, engalanarse con la *flor de Cristo*. Aparte de estos motivos personales, los ejemplos que registraba en los recuerdos de familia eran un nuevo impulso para lanzarse á la empresa. El hermano y predecesor de su padre, Luis el Piadoso, habia acompañado á Ricardo Corazon de Leon y á Felipe Augusto á Palestina, y se habia cubierto de

Et nous dira, au jour où tuit venront:
«Vos, ki ma crois m'aidates à porter,
«Vos en irez là où li Angele sont,
«Là me verrez, et ma mere Marie;
«Et vos, par qui je n'oi onques aie,
«Descendez tuit en infer le parfont...»
Douce dame, roïne corenée,
Proiez pour nos, Vierge bien eurée,
Et puis après ne nos puit mescheoir.

(*Poesías del rey de Navarra*, Canc. 54).

gloria ¹. Su suegro, el rey de Hungria, Andrés, habia pasado muchos años en Oriente peleando contra los infieles. Sin hacerse, pues, indigno de sus blasones no podia quedarse en su casa; y así fue que no vaciló un momento. Habiéndose encontrado en una correría con el venerable obispo Conrado de Hildesheim, le confió su proyecto; y como el Prelado le aprobase, hizo voto de unirse á la expedicion que se preparaba, y recibió la cruz de manos del mismo Obispo.

No obstante, al regresar á Wartbourg se le ofreció al pensamiento el dolor y la cruel ansiedad que su carísima Isabel sentiria al conocer aquella determinacion; y así es que resolvió no decirle nada por entonces, tanto mas cuanto que la Duquesa se encontraba á la sazón embarazada de su cuarto hijo; y no sintiéndose con valor para causarla en tal estado aflicción tamaña, pensó en ocultar cuidadosamente su designio hasta el momento crítico de ponerlo por obra. No quiso por tanto colocar desde luego sobre sus vestidos la insignia de cruzado, sino

¹ Un poema alemán muy interesante sobre la cruzada de este Príncipe se encuentra en la historia de las cruzadas de Wilken.

que la llevó secretamente consigo mientras pudo tener oculta su próxima partida.

Pero una noche en que se hallaba solo con la Duquesa, sentados uno junto á otro, en un momento de aquella tierna é íntima familiaridad con que se trataban, Isabel desató el cinturón del Duque y se puso á registrar el limosnero. De pronto sacó de él un objeto que al instante echó de ver era la insignia de los cruzados y lo que aquella cruz significaba para ella. Sobrecogida de dolor y espanto cayó al suelo desmayada: el Duque acudió á socorrerla, y despues que la vió recobrar el conocimiento, trató de sosegarla y templar su dolor con afectuosas y dulces palabras, empleando largo rato el lenguaje de la Religion y aun las mismas expresiones de la Escritura á que nunca Isabel se mostraba insensible. «Voy á hacer esto, le dijo, por amor de Jesucristo; seguramente no querrás estorbar-me el que yo haga por Dios lo que tendria que hacer por un príncipe temporal, por el Emperador y el Imperio, si así lo exigieran de tu esposo.» Despues de un rato de silencio y de derramar abundantes lágrimas, contestó ella: «Amado hermano, si no has de disgustar á Dios, quédate

«conmigo.» Pero él replicó: «Dame licencia para marchar, porque es un voto que tengo hecho á Dios.» Y entonces entrando en sí misma, inmoló su voluntad al Señor, diciendo: «Contra el beneplácito de Dios no quiero que te detengas: sea su gracia contigo para que cumplas sus adorables disposiciones en todo; yo le he hecho ya el sacrificio de tí y de mí misma. «Guárdete siempre su bondad; sea siempre contigo la felicidad en todas las cosas, como yo se lo rogaré todos los instantes. Parte, pues, en nombre de Dios!» Y tras otra pausa, hablaron del hijo que Isabel llevaba en su seno; y de comun acuerdo resolvieron consagrarle á Dios desde que naciera, haciendo que entrase monje en la abadía de Ramersdorf, si era varón, ó en el monasterio premonstratense de Altenberg cerca de Wetzlar, si era hembra.

No teniendo ya el Duque motivo para guardar el secreto sobre su determinacion, dió conocimiento de ella á todos sus vasallos, haciéndoles saber al propio tiempo que la expedicion la haria él á su costa sin imponer tributo alguno extraordinario á los pueblos, considerándose feliz en poder por

por este medio restituir al Señor una parte de los beneficios que de su mano tenia recibidos. Despues de proveer á los aprestos militares que requeria el proyecto, convocó los Estados del país para una asamblea solemne en Creutzburg. Allí expuso por menor su proyecto, y tomó de acuerdo con la asamblea las medidas necesarias para la buena administracion del país durante su ausencia; exhortó fervorosamente á los señores á gobernar al pueblo con equidad y dulzura, y á hacer reinar la paz y la justicia entre ellos y sus vasallos. Antes de levantar la sesion, dirigió con voz muy dulce á los circunstantes las palabras siguientes¹: «Fieles y queridos hermanos de armas, barones y nobles caballeros, vosotros todos, leal pueblo mio, bien sabeis que en vida de mi padre y señor, de piadosa memoria, nuestra tierra hubo de sufrir crueles guerras y dilatadas revueltas. Ninguno de vosotros ignora los trabajos,

¹ El limosnero Bertoldo, que no dejó al Príncipe en los últimos años de su vida, nos ha conservado este discurso. (Vid. Mss. de Gotha).—Theod. y Winkelmann tambien le traen abreviado. Su autenticidad no puede ser sospechosa. Entonces no se conocian bastante los autores clásicos para que se pensara en imitar sus arengas.

«reveses y fatigas que á mi padre y señor
«le costó el defenderse contra los poderosos
«enemigos suyos, y preservar sus Estados
«de una total ruina; pero que al fin
«consiguí uno y otro á fuerza de valor y
«generosidad, y que por ello su nombre se
«hizo temer de todos. Mas á mí me concedió
«el Señor, como á Salomon hijo de David,
«la quietud y la paz en dias tranquilos
«de reinado. No veo en derredor mio
«vecinos que temer, ni que de mi parte
«puedan recelar injustas violencias; pues
«terminadas felizmente las querellas de
«otro tiempo, hoy, gracias al Dios de paz,
«estoy en paz con todo el mundo. Todos
«debeis reconocer y agradecer á Dios
«tan grande beneficio: en cuanto á mí, por amor
«de este Dios que me ha colmado de gracias,
«para demostrarle mi gratitud por ellas
«y atender á la salvacion de mi alma,
«tengo resuelto ahora el ir á tierra del
«Oriente para consolar la cristiandad
«atida y defenderla allí contra los enemigos
«del nombre y de la sangre de Dios. Este
«viaje haré á costa mia, sin imponeros,
«queridos súbditos, nuevos tributos para
«atender á los grandes gastos que trae consigo
«caminar tan léjos. Encomiendo á la

«proteccion del Altísimo á mi buena y mi
«muy amada esposa, mis pequeños hijos,
«mis queridos hermanos, mis amigos, mi
«pueblo y mi tierra, todo lo que dejo, en
«fin, de buen grado por el honor de su san-
«to nombre. Os encargo encarecidamente
«que vivais en paz durante mi ausencia; y
«deseo sobre todo que los señores se por-
«ten como cristianos con mi pobre pueblo.
«Últimamente os pido la gracia de que me
«encomendeis mucho á Dios, á fin de que
«me ampare de todo mal y peligro durante
«este viaje, que me traiga salvo y sano á
«vuestra compañía, si esto fuere su volun-
«tad clementísima; pues ante todas cosas
«me someto, á vosotros y á mí, á la voluntad
«de su Majestad divina.» En estas tiernas
razones se nos pone de manifiesto toda la
profundidad de lo que entonces se llamaba
el *Misterio de la Cruzada*¹, misterio de fe,
de abnegacion y amor que será siempre
impenetrable para las frias inteligencias de
los siglos sin fe. Al oír un razonamiento
tan digno de un príncipe cristiano, se apo-
deró de todo el concurso una emocion pro-
funda; los guerreros endurecidos daban

¹ El cronicon Halberst llama á la cruzada *mysterium*. (Hurter, *Historia de Inocencio III*).

muestras del dolor que experimentaban, y los llantos y numerosos suspiros revelaban bien á las claras cuán hondo era el sentimiento que causaba la partida del jóven y querido Soberano.

Ocupóse luego el Duque en escoger con gran tino y prudencia las personas á quienes queria encomendar el gobierno de las provincias, y nombró para las magistraturas de las ciudades á los vecinos mas circunspectos y seguros. Puso en órden todos los asuntos particulares de su casa, y recomendó eficazmente á su amada esposa á la solicitud de su madre, de sus hermanos y de todos sus oficiales y dignatarios. «Por mi parte, dijo entonces el cillerero, estoy seguro de que la señora Duquesa dará cuanto halle á mano, y nos dejará reducidos á la miseria.» Luis respondió que esto le era indiferente, y que Dios cuidaria sin duda de reponer cuanto la Duquesa die-
ra á los pobres y menesterosos.

Deseando que el pueblo se poseyera de las impresiones que le dictaban la resolucion de ir á la cruzada, hizo el Duque representar á su costa en Eisenach por medio de actores sacados de la clerecía un drama que figurase las escenas de la Pa-

sion y muerte del Salvador. Fácil es comprender el entusiasmo que en las puras y vivas imaginaciones de aquel tiempo debía producir este género de solemnidades dramáticas. Esta de que tratamos fue, por su exactitud, tan admirable y asombrosa, que se creyó oportuno representarla segunda vez ¹.

Visitó Luis también todos los conventos de Eisenach, incluso los de monjas, y á todos pidió su bendición, se encomendó á sus oraciones y les distribuyó abundantes limosnas. Desde allí, en compañía de su esposa, su madre y hermanos, salió de Eisenach

¹ Bis in signum suae magnae devotionis in castra Isennacka per clericos traditionem Salvatoris, passionem et mortem, ac si ea oculis praesentialiter intuerentur, praesentari fecit, eiusdem ludi omnes expensas solvens, sicut ab illis didici, qui praesentes erant. (*Caesar. Heisterb. ap. Mss. Boll.*). — No hay necesidad de extenderse hablando de la importancia de este hecho para la historia dramática de la edad media. Sabido es que todavía se estilan en la alta Baviera representaciones dramáticas de esta clase. Cada siete años se representa la pasión de Nuestro Señor Jesucristo ante una multitud numerosa y muy devota en el canton de *Ammergau*. En 1834 he asistido yo mismo á una *Pasión* representada al raso por los habitantes de *Mittewold*: duró un dia entero del verano.

para *Reynhartsbrunn*, aquel monasterio que estimaba sobre todos los demás, y con el cual le unian vínculos de especial devoción y dulcísima familiaridad. Despues de asistir allí á los oficios, cuando los monjes salian segun costumbre despues de Completas á tomar agua bendita, el buen Príncipe, situado junto al preste que tenia el hisopo, abrazó uno por uno á todos los monjes, conforme iban pasando, sin omitir los niños de coro á quienes tomó en brazos para imprimir sobre sus frentes un ósculo paternal. Tanta bondad arrancó lágrimas á los religiosos, no oyéndose en mucho rato otra cosa que el ruido de los sollozos sofocados, y de los suspiros que arrancaba de todos aquellos pechos la idea de la partida de su protector. El Duque mismo no pudo tampoco contenerse y rompió á llorar: asaltado por un presentimiento fúnebre, dijo á los monjes: « Con razon llorais, queridos amigos; pues bien sé que cuando no me halle yo aquí para defenderos, caerán sobre vosotros unos lobos rapaces que os han de atormentar cruelmente con sus dientes asesinos. Cuando os halleis en la desgracia y la pobreza, veréis que en mí perdisteis un amigo y un soberano como